

**ALEXANDRA
KOHAN**

**EL SENTIDO
DEL HUMOR**

PAIDÓS



ALEXANDRA KOHAN

EL SENTIDO DEL HUMOR

 PAIDÓS

ÍNDICE

Una cebra en un bazar	15
Una enseñanza no familiar.....	18
El <i>Witz</i> de Freud.....	21
Una enseñanza a la manera del chiste	27
Ocurrencias con Lacan.....	33
Más risas y transmisión.....	37
El eco de las risas.....	39
Preguntas que enseñan	45
La familia como tragedia y como farsa	49
Hallazgos en la lengua	54
Calambres en el alma	56
El agente de seguros	59
Maestros de la agudeza	60
Napoleón no se cree Napoleón	63
Ficciones de ser	67
¿Sos o te hacés?.....	69
La ocurrencia de los niños	71
Infancia.....	73
La risa infantil perdida	78

Aburrimiento	81
Narcisismo, aburrimiento, risas	86
Encuentro amoroso o aburrimiento	89
Mímesis, consumos sin gracia	92
Los Papas y los papás	96
Al costado del camino	98
Esto no es un chiste	100
La llanura de los chistes	103
La economía del chiste	110
Malentendido	113
Perdón si ofendo	119
Formas de decir	123
¿Qué inconsciente? ¡Qué inconsciente!	126
Eso pasa	132
Exquisiteces en el decir	136
Usted me ofende	140
¡Qué plato!	146
Parroquia	149
Las palabras, las risas y las cosas	154
Que de lejos parecen moscas	155
Efectos de lectura	156
Lo cómico	158
Cambio de planes	162
Saber inventar	166
Embutido significativo	168
Embutidos argentinos	172
<i>Objet trouvé</i>	174
Freud con Heine	176

Ingenio	183
Al lado de la poesía	186
Ínfulas	190
La comedia	193
¿Para qué sirve el humor?	196
El problema de la risa	201
La risa de Joker	207
La risa del capitalista	209
Diferencias	210
Adiós, belleza. Hola, cuerpo	212
Mala educación	214
La desesperación de fondo	221
Auschwitz	223
Quema de libros	224
Llorar de risa	225
La literatura argentina empezó con un chiste	
que terminó mal	229
Una excursión desopilante	230
Humor político	232
<i>Castigat ridendo mores</i>	234
¡Qué platón!	235
Risa y horror	236
El Yo, ese payaso	241
La política del humor	242
Meter las narices en Aristófanes	244
El hipo de Aristófanes	246
Aristófanes por Heine	249
Clave de lectura	251

El humor siempre es un poco negro	253
Ironía	256
Una risa nada casta	261
Acto fallido: acto logrado	262
¡Atrás, caballito!	266
Profanaciones	272
Incongruencia	275
Diccionarios	282
Complicidad	286
Psicoanalista o humorista	289
<i>Satori</i>	291
El humor es el límite	292
Las máquinas no ríen ni hacen reír	298
Es un <i>flash</i>	299
Sorpresa	301
Compasión versus humor	304
El amor es un sentimiento cómico	308
El cuerpo tropezado del humor	310
Tropiezos en la lengua	311
<i>Kairos</i>	313
Si no hay humor, que no haya nada	315
Tropiezos en escaleras	318
Notas	321
Agradecimientos	347

UNA CEBRA EN UN BAZAR

Un chiste judío que me contaba mi papá cuando yo era chica:

Entra un cliente al bazar de Jacobo y de Rebeca. Rebeca está atendiendo, Jacobo está en el depósito:

—Buenas tardes, vengo a comprar una cebra.

—¿Una cebra?

—Sí, una cebra.

—De acuerdo. ¿De qué color quiere la cebra?

—Blanca y negra está bien.

—Sí, tenemos de esas. ¿De qué tamaño querría usted la cebra?

—Mediana.

—Sí, tenemos mediana. ¿Se la enviamos a su domicilio?

—Sí. La dirección es Av. Montes de Oca 999.

—¿Para cuándo querría usted la cebra?

—Para la semana que viene.

—Se la mandamos la semana que viene. Le cobro ahora. Son \$1500.

—Acá tiene.

—Gracias. Una cosa más: ¿se la envolvemos para regalo?

—Sí. Por favor.

—De acuerdo, señor. La semana que viene le enviaremos la cebra mediana, blanca y negra, envuelta para regalo.

Apenas el cliente sale del bazar, Rebeca le grita a Jacobo, que sigue en el depósito:

—Jacobo, ¿qué es una cebra?

Lamentablemente no puedo transcribir además la gracia con la que él lo contaba. Mi papá era muy buen contador de chistes, muy gracioso, y además tenía mucho sentido del humor –tenía, eso sí, una característica que lo hubiera hecho pésimo comediante: se reía a carcajadas de sus propios chistes–. Pero el asunto acá es otro: con este chiste mi papá me estaba enseñando algo, o al menos así resultó para mí. Algo así: no hay que rechazar una oportunidad de trabajo –en este caso una venta–, por más desopilante que resulte, y por más que uno no sepa de qué se trata. Decir que sí y luego ocuparse de entenderlo, aprenderlo y hacerlo.

Pero también, como gesto hacia el cliente: decirle que sí, en la medida de lo posible. Mi papá no me bajó

línea, ni me aleccionó, ni me explicó el chiste. Todo eso lo fui entendiendo sola. De este chiste me acuerdo siempre, pero sobre todo me acordé cuando, ya recibida de psicóloga, fui a pedir un trabajo y me dijeron que no a ese trabajo; pero me ofrecieron otro en su lugar. Yo no sabía hacer ese otro trabajo –en realidad, ahora que lo pienso, tampoco sabía hacer ninguno–, pero dije que sí como Rebeca al cliente que le pedía una cebra. Dije que sí, aprendí a hacerlo y me fue muy muy bien. Lo supe por el chiste que me había contado mi papá.

Porque no se trata de ser chanta, ni de decirle que sí a cualquier cosa, sino de ser capaz de asumir un pequeño riesgo, un pequeño salto hacia una posibilidad. Se trata de *no anticipar* una negativa por precaución, se trata de no prevenirse, de no dar una negativa que cierre cualquier posibilidad y, en cambio, ensanchar un poco el terreno de lo posible.

Quizás por ese chiste es que me exaspera mucho el estilo de algunas personas en comercios cuando lo primero que responden es “no”, incluso, y sobre todo, cuando es “sí”, un sí que viene después. Ese tipo de no, el que viene antes, es un tanto defensivo: rechaza un pedido de cuajo y se lleva puesta cualquier otra cosa que pueda empezar a *pasar*.

UNA ENSEÑANZA NO FAMILIAR

El humor no tiene sólo algo de liberador [...], sino también algo de sublime y elevado.

SIGMUND FREUD

Esa enseñanza, la de la cebra en el bazar, me llegó, me fue legada a través de un chiste. Quizás por eso entendí siempre, de manera cómoda, de qué se trataba ese asunto. Quiero decir que mi papá me transmitió esa enseñanza, pero no estoy segura de que haya sido en tanto *padre educador*. No fue un gesto de educación solemne, no fue un aleccionamiento ni fue, estrictamente, una pedagogía. Fue un chiste que tuvo efectos de enseñanza. Y esos efectos no fueron calculados. Él simplemente me estaba contando un chiste más entre los tantos que contaba.

Quizás la diferencia entre una enseñanza involuntaria, a través de un chiste, y una pedagogía consista en que, con la solemnidad que emana de la pedagogía, no queda demasiado margen: o bien se la obedece,

o bien se la desobedece –siendo rebeldes–, pero en ambas formas se está respondiendo a un mandato, a una prescripción, a una obligación –y sacarse ese lastre de encima puede llevar toda una vida–. Por eso Jean Allouch dice que “jamás a nivel de la familia, de la familiaridad, se hizo una verdadera transmisión”.¹ Si hay algún saber que se obtenga –en cualquier disciplina o terreno–, no va a ser necesariamente porque alguien decide enseñar, sino porque hay un efecto incalculable de transmisión. Por eso Lacan dice que, si se puede plantear la cuestión del deseo del enseñante, es señal de que se está planteando un problema. Y si el problema no se plantea, es que hay un profesor. Un profesor –o un padre– existe, sigue, “cada vez que la respuesta a esa pregunta está [...] escrita”.²

Lo cierto es que hay profesores y profesores, como hay padres y padres. Algunos se posicionan teniendo todas las respuestas a las preguntas –a esas que incluso nunca se formularon– y se presentan como dueños de un saber absoluto. Otros, en cambio, conocen la verdad, como dice Lacan, de que sus enseñanzas son un recorte, y eso les permite “poner un poco más de arte en el asunto”, un arte “por la vía de collage”, es decir, “preocupándose menos de que todo encajara, de un modo menos temperado, tendrían alguna oportunidad de alcanzar el mismo resultado al que apunta el collage, o sea, evocar la falta que constituye todo el valor de la propia obra figurativa [...]. Y por

esa vía llegarían a alcanzar, pues, el efecto propio de lo que es precisamente una enseñanza”.³ No hay enseñanza sin agujero, no hay enseñanza sin deseo, no hay enseñanza si todo encaja. No hay enseñanza desde la solemnidad del saber. No hay enseñanza sin chiste, sin risa. Es involuntario, pero sin dudas es efecto de una posición que sólo se puede *realizar* en la medida en que hayan caído los espejos. Y en la medida en que se haya hecho un corte con la proximidad familiar.